

Pensamientos de uno llegado a los setentas



Las
memorias
de **Harold
Alvarado
Tenorio**

Todos los esfuerzos de mi tío para ingresarme en alguno de los colegios de la región fueron inútiles. Fuimos a Popayán y Cartago, pero ninguno de los planteles públicos quiso aceptarme con los antecedentes que tenía. Solo los salesianos de Tuluá admitieron recibirme como asistente mientras llegaba la hora de ingresar al año escolar.

Llegada la hora, mi tío hizo revisar su camioneta Ford 1960 y nos dispusimos a cruzar la cordillera en un viaje de más de quince horas, con el agravante de que a mi tío le dio una descompostura tremenda, causada por la ingesta de comidas de carretera, y por poco se deshidrata. Llegamos aquel enero del 61 trasnochados y agobiados hasta la calle 63 con Caracas, donde quedaba

el Miguel Antonio Caro, colegio donde me había matriculado no porque fuera mejor o peor sino porque siempre su propaganda aparecía en la primera página de *El Tiempo*. Antes de regresar a Buga esa misma semana, acompañé a Rogerio a la Librería Mundial de la carrera 7 con 17 a comprar una antología de textos de don Alfonso Reyes y unas copias de la revista *Mito*, porque Reyes acababa de morir en México y mi tío lo admiraba. También compré algunos discos de música clásica y un par de corbatas; uno de esos discos era de los cantos de la coral de la iglesia ortodoxa, interpretados por los Cosacos del Don, de Serge Jaroff.

Jorge Miranda era el propietario de ese establecimiento de medio pelo, controlado por una rígida disciplina militar. Un hombre bajito, con rudimentaria alopecia y caspa desobediente, moro tirando a taciturno, enfundado en un Valdiri jaspeado por el uso, corbata gris ancha y al centro un áncora roja, extremadamente rasurada su copiosa barba y con un timbre de voz que parecía venir de los refugios de la guerra de Corea, donde había estado por su lealtad a mi general Polanía Puyo, de quien relataba anécdotas con la mayor fidelidad y deleite. Pronto entré en contradicciones con él, pero avisado de mi destino, Rogerio había sentenciado que no volvería a Buga sino terminaba mi bachillerato. A los tres meses llegué a un acuerdo con Miranda, quien me permitió, eso sí, con la anuencia de mi acudiente, un señor Villalobos de Buga que regentaba una gasolinera cerca a la Nacional y me daba el dinero para vivir cada mes, retirarme del internado y me fui a vivir a la pensión de un andaluz en todo el centro, en la esquina de la 23 con 7. Se trataba de Pepe Falcó, que decía

descender de una hija natural del Duque de Alba y acababa de contraer nupcias con una de sus criadas, moza mucho menor que él, boyacense, sustentada en un par de jamones largos y trozudos, que terminaban en dos bloques de queso de Paipa que enloquecían al fornido y achaparrado propietario, quien todas las mañanas, con su sombrero cordobés verde marino, con el velludo pecho y la tripa descubiertas, con la pijama a rayas de las películas francesas, le preparaba a su lujuriosa dama tremendas tortillas con migas de arepita paisa.

Allí, en el comedor de esa hospedería, conocí a media *société* capitalina devenida en farándula teatral y cinéfila, que al mediodía o después del cine venían a tomar la sopita pálida y barata que hacían el andaluz y su cruel Altisidora, o convertidos en una tropa dominguera antes de la corrida o la tenida en los dos bares de taurófilos que también tenía don Pepe, a media cuadra de la Santa María y también sobre la 7. Allí alternaban toda clase de etílicos y erotómanos, desde los primos Caballero Calderón y Caballero Escobar, Zalamea Borda o Santos Castillo, hasta los Pacheco y una rutilante serie de manolas arrugadas o apenas entrando en la madurez, que igual bebían manzanilla que amontillado, tinto que blanco, vermut que oporto, y las más jóvenes, ya mamertizadas, tres deditos de escocés, como la hija mayor de un futuro alcalde capitalino, que ya iba a la plaza en compañía de media célula del PC y sería una de las encariñadas del multimillonario Cepeda Castro, con quienes practicaba *swingers* desde aquella semana en Londres, cuando, en compañía de otras parejas, se fugaron a la Costa Azul en el descapotable rojo de Juan Manuel.

Prefería leer y releer en los diarios, de los cuales extraía notas, fragmentos que copiaba en mis libretas de tendero y que conservo. Sentía fascinación por esas pequeñas descripciones y anotaciones que iba haciendo cada día, anotaciones para *La Peste*, o meditaciones sobre frases de Nietzsche o la historia de un bandido en la Patagonia.

Era una casa de dos pisos, con unas veinte habitaciones transformadas en desvanes de alquilar mediante paredes de madera o pasta, donde vivían toreros fracasados, banderilleros, picadores y mujeres de la vida, extranjeras varias, que ofrecían sus servicios en pueblos y temporadas, donde sacaban algo para seguir tirando o se pasaban los días afilando estoques, cincelando banderillas, cosiendo y remendado trajes de luces u oyendo la radio en los programas taurinos, que eran abundantes entonces. En ese comedorcillo aparecía de tanto en tanto un enorme antioqueño con pinta de luchador de circo, que confeccionaba las hojas de vida de los espadas y las muchachas acompañantas de las comparsas taurinas. Mario Rivero tenía fama de gigoló porque por las tardes subía las escaleras del comedor o visitaba el bar de abajo en compañía de alguna locutora de radio de las vecindades, siempre entrada en años, con redcilla en el cabello, guantes y, si era ya de noche, con capa y estolas, a quienes cantaba tangos en voz baja, acercando su rostro a los oídos de las señoras, mientras pedía alguna copa de ginebra o puro aguardiente. O se le veía ingresando a los despachos de los abogados con medio pollo en una caja de cenadero y un par de zapatos de dama de Almacenes Ley para conquistar alguna de las mecanotaquígrafas recién llegadas de provincia. Era, junto a Humberto Navarro, de los más cotizados buenas vidas de esos cafetines del centro, donde timaban ingenuos, uno con el cuento de que era poeta, corredor de bolsa, avicultor o locutor de radio, y el otro con que poseía la fórmula de una ampolleta que curaba el cáncer y la mala suerte, que vendía con *Alguien muere al grito de la garza*, novelita que no he vuelto a ver. Era sobrino del Tuso, un godo de Medellín, y el más sableador de

todos los nadaístas que vivían en Bogotá, tan sableador, que era capaz de vender incluso el sable. Aquella su primera novela contaba, precisamente, los años que pasó en una correccional de menores donde lo habían ingresado sus propios padres, a quienes odiaba.

Otros de los habituales eran Eduardo Gómez y Estanislao Zuleta, que ya se había separado de La Manca, como llamaba a María del Rosario, la sobrina de los Santos dueños de *El Tiempo*, hija de su hermana Cecilia y un ingeniero Ortiz. Tenía un defecto, creo que congénito, en su mano izquierda, que ocultaba, como Afrodita tras perseguir a Adonis, usando largos guantes de seda perfumados, del mismo color de sus pavas y vestidos de hombros torneados, fina cintura y amplia falda en forma de corola a veinte centímetros del suelo. Y unos dientes horribles que saltaban sobre quien la mirara de frente. Pero era una Santos y además filo comunista, como lo era su tío Hernando, que hasta imprimía *Voz Proletaria* en la imprenta del diario y decía que uno tenía que ser hombre “solo de la cintura para arriba”, cosa que practicaba con Álvaro Herrán, un falsificador de cuadros que logró, incluso, embaucar al Banco de la República, que todavía se considera un renovador del arte colombiano, muy amigo de Harold Bohmer, con quienes también platicaban por las tardes en El Cisne y ya bien entrado en la vejez con Darío Jaramillo, que compartía, a la limón, con el divino Chulí Martínez.

No sé de dónde saco que la primera vez que fui a la Librería Gran Colombia fue con Eduardo Barcha, porque algo le unía con el que había sido el dueño, o porque conocía gente de esa mayor que se reunía ahí; o pudo ser con J. L. Díaz Granados, a quien debí conocer en alguno de los



Harold con su madre, Ana Tulia Tenorio, y su hermana, Eliana Alvarado, 1960.

cuchitriles de la 19 o los cafetines de la 22 o de la misma 20, donde estaba El Semáforo, un *bordello* que abría desde la tarde y donde terminaban la noche los que venían del continuo del Lux, cinematógrafo con tradición en el manoseo entre varones y en cuya puerta principal no faltaba los fines de semana el poeta Pubén, que desde allí espiaba el paso tardío de Nicolás Suescún al volver de la Buchholz. La librería, que tenía dos grandes mostradores y los libros detrás de ellos, pero también unas mesas grandes donde exhibían las novedades y de donde se robaban uno que otro libro, era atendida por dos subversivos (Mora & Andonov), que se habían beneficiado del establecimiento tras la huida y el exilio de Simón Latino, su dueño y creador, por causa de las asonadas del 9 de abril, a las que había incitado desde la radio como lo habían hecho Jorge Zalamea y Jorge Gaitán Durán, que ese año todavía andaba por ahí y moriría a comienzos de diciembre. Carlos H. Pareja, verdadero nombre de Latino, era profesor de derecho en la Universidad Nacional y el inventor de una de las más bellas colecciones de libritos de poesía que haya existido en nuestra lengua.

El bisiesto fue definitivamente el año de Albert Camus, al menos en la capital de la república. Por donde fueras, con quien conversaras, en los mundos académicos e intelectuales, incluso entre gentes de la farándula o teatreros, habituales de la ignorancia, su pensamiento, más que su muerte absurda, eran materia de conversación. Y de éxito de librería. En la Gran Colombia, la Mundial, la Central, la Buchholz, o en el teatro de Camus en las ediciones Losada de tapas grises, o los *Carnets*, en las ediciones de bolsillo, o

La peste y *El extranjero* y los ensayos, *El mito de Sísifo*, *El hombre rebelde*, estaban de moda. Hasta la publicación de *Cien años de soledad* no volví a ver el fervor con que jóvenes y adultos leían y llevaban bajo el brazo los libros de un autor. Camus fue para mis contemporáneos, mucho más que Borges, el autor que suscitaba más conversaciones y debates, más interlocutores.

Hijo de *pieds-noirs* cultivadores de marañón, la madre sorda y analfabeta, el padre herido en la batalla del Marne, vivió la niñez en la orfandad, pero una beca permitió que terminara el bachillerato, en el que un par de maestros le iniciaron en la literatura y la filosofía, que terminó por estudiar en la universidad. Rechazado por tuberculoso como maestro, se dedicó al periodismo. Esa historia de sus orígenes era encomiada en la prensa bogotana, en especial en *El Tiempo*, donde los redactores culturales, como Rogelio Echavarría o Jaime Paredes Pardo, y qué no decir de Eduardo Mendoza Varela, estaban muy orgullosos de los vínculos del Nobel con don Eduardo Santos, a quien en pleno ataque de la dictadura a finales de 1955 había homenajeado en París con un extenso discurso durante un banquete de periodistas franceses y españoles para desagraviarle. La tesis expuesta era que la prensa no puede sacrificar la verdad para servir a las ideologías, porque debe respetar al lector, no despreciarlo. Recuerdo haber oído a Gerardo Molina contradecir en la Gran Colombia al joven subversivo Melo, partidario del terror en Argelia, sectario defensor de Sartre, y decir que para Camus, si el terror para los revolucionarios franceses había sido concebido como correlato de la historia, como también le habría descrito Gibbon, el hombre no estaba aquí para

hacer historia, sino para oponerse a aquellos que de manera absoluta e intransigente creían, como cualquier Pablo Catatumbo, tener razón y querían imponerla en nombre de su verdad, llevando la contraria a las evidencias del presente. Tomaba así, decía Molina, partido por las víctimas, por los perseguidos, los desplazados, los obliterados por causa de las contradicciones con el poder. Y le citaba: “quien mata o tortura acepta una sombra en su victoria, no puede sentirse inocente y, por tanto, debe cargar su culpabilidad sobre su víctima”.

Sin embargo, ese Camus no me entusiasma; prefería leer y releer en los diarios, de los cuales extraía notas, fragmentos que copiaba en mis libretas de tendero y que conservo. Sentía fascinación por esas pequeñas descripciones y anotaciones que iba haciendo cada día, anotaciones para *La Peste*, o meditaciones sobre frases de Nietzsche o la historia de un bandido en la Patagonia.

Lo que salvó los años en el Miguel Antonio fueron las lecturas de fragmentos de literatura colombiana que nos hizo leer un joven costeño profesor de español y literatura, y el cual con los años he venido a descubrir que usaba, secretamente, un libro de un curita salesiano que había publicado la revista *Cromos* en los años treinta, durante el primer año del primer mandato de López Pumarejo. Un año antes de su ordenación sacerdotal, José Ortega Torres, al parecer bogotano, publicó una *Historia de la literatura colombiana*, borrada del mapa por la ignorancia de los ministros o la mala fe de los gobernantes, quienes desde la aparición del Frente Nacional, con su primer ministro de educación, y ahora, para mayor vergüenza, presidente de la Real Academia Colombiana, un señor de apellido Posada, han declarado la guerra a la literatura nacional, fomentando la compra, que no la lectura, de libros de superventas, o los falsos que ordenan confeccionar a los tristemente célebres “novelistas colombianos” y que el Ministerio de Cultura compra si se han portado bien con la ministra de turno o han enaltecido hasta el mareo al señor presidente. La segunda edición, que vine a conocer entre un arrume de libros de viejo en una gigantesca librería de segunda de Pereira, donde un día me invitaron a rebatir las marrullas de un huérfano ilustre, tiene 568 fragmentos de 180 autores en 1214 páginas en cuarto, desde la Colonia hasta aquel presente prometedor que fue

la *Revolución en marcha*. De allí parece que copiaba Andresito Zeledón los dictados que hacía en los cursos. Por cierto, descendía de un evangelizador de La Guajira que había sido obispo en Santa Marta, nacido cerca del río Vadillo en San Juan del César, y que ya en la vejez, en un viaje a la capital para tomar asiento en la Real Academia, había tenido un desliz con una señora que trabajaba en la institución, cuando todavía tenía el vigor que dan los cincuenta años.

También eran valiosos los debates de historia del profesor Ananías Hincapié, un godo de Anserma, que quién sabe por qué había pasado parte de su juventud en Londres, donde por comercio del oro hubo una colonia muy grande de paisanos, y allá leyó a Joseph Belloc y Gilbert Chesterton, escritores católicos que admiraba y recomendaba, pero su volumen de rabetas era la *Historia de Colombia* de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, una pareja de típicos intelectuales al servicio de las ideas en el poder.

Al padre Segura debo mi admiración por El Libertador, porque allí estaba el discurso en el Congreso de Cúcuta de 1821, cuando juró ser presidente de Colombia:

Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir para nada el día de la paz, y ese debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia, y porque no puede haber república donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades. Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de libertador, porque éste emana de la guerra y aquél de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.

Y también estaba una de las cartas a Olmedo, escritas en Cuzco, en la que inaugura la crítica literaria moderna entre nosotros; cartas a las cuales dediqué un artículo que sirvió para iniciar la cátedra de literatura hispanoamericana de la Universidad Javeriana, cuando el padre Marino Troncoso dirigía el Departamento de Literatura, donde, alejado de toda mezquindad, con decoro, respetando y tolerando las ideas de los otros, creó un momento en la enseñanza de nuestras literaturas que no se ha repetido. Allí también se encontraba el fragmento inolvidable titulado *El caballo* de Gonzalo de Oyón de Arboleda, que por su ritmo fílmico me aprendí de memoria alguna vez y del cual recuerdo estas octavas bermudinas:

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
contempla ufano el vórtice profundo
de la sima espantosa, do iracundo
hierva el torrente en turbio borbotón
—¡A morir!— grita en éxtasis demente;
pero ante el borde, que a su peso cede,
el caballo espantado retrocede
sordo a la brida, sordo al agujijón:
Saltado el ojo, eriza la melena,
la espesa cola encoge zozobrado;
tiembla de pies y manos azogado;
bufa poniendo en arco la cerviz:
la inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
y el ancho pecho cándido de espuma,
brota de fuego una radiante pluma
de la convulsa, anchísima nariz.

O *La muerte del novillo*, del loco Epifanio, que me hacía recordar vívidamente las horas que pasé con mi padre y mi abuelo en el matadero municipal de Buga, donde íbamos casi a medianoche a ver degollar vacas, toros, cerdos de las maneras más brutales, y que en este poema, como en el cuento de Esteban Echavarría, son un retrato hiperrealista de tanta crueldad con los animales, metáfora misma de la violencia que ejerce el hombre contra el hombre.

Ya prisionero y maniatado y triste
sobre la tierra quejumbroso brama
el más hermoso de la fértil vega
blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado;
el bruto ve con timidez el arma;

rompe el acero palpitantes nervios;
chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
el arma brilla purpurina y blanca;
se queja el bruto y forcejando tiembla,
el ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolineando por el aire, vuelan
los negros gales de cabeza calva;
fijan el ojo en el extenso llano
y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
que oye la queja en la vecina pampa,
y densas nubes de revuelto polvo
tira en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
corre el ganado por las verdes faldas,
huele la sangre... y el olor a muerte
quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
por eso lloran la común desgracia
en ese clamoroso de profundis
que todos ellos a los vientos lanzan.

Poemas que aprendí desde entonces, como uno de Joan Maragall que había traducido Ricardo Nieto y aparecía en las cartillas escolares, y con el cual hice llorar a mi hermana cada vez que lo declamaba:

Tropezando en los troncos del camino
que descende en zigzag hacia la vega,
callada, sola, taciturna, triste,
va la vaca a beber.

La vaca es ciega.
De una pedrada el vaquerillo un día
un ojo le deshizo, y en el otro
una nube surgió; por eso llega
con marcha débil, desigual, tardía,
cayendo aquí y allá.
La vaca es ciega.

Va a la fuente a abrevar como solía,
mas no con firme andar. Sus compañeras
corren moviendo la flexible cola
por las verdes campiñas y riberas.

No las puede seguir. Ella va sola.
Sus hermanas por cerros y montañas,
triscan abriendo en torno las pupilas,
y hacen que se despierten las caballas
al rumoroso son de las esquilas.

Al tropezar en el brocal se espanta
y echa hacia atrás, pero después insiste,
se inclina al agua que a su oído canta
y bebe a sorbos pensativa y triste.
Bebe poco y sin sed. Levanta luego
con un gesto de paz y mansedumbre
la enorme testa hacia el cenit de fuego.
Sus muertos ojos, sin color ni lumbre,
parpadean bajo el sol. Y por la misma
senda que nunca abandonar se atreve,
regresa lenta, taciturna, sola.

Al caminar, la cola
lánguidamente entre las piernas mueve.

Solo supe hasta muy tarde quién era Maragall; pero una vez lo supe, cuando fui por primera vez a Barcelona, estuve en su casa museo, que ayudaron a organizar sus nietos, uno de los cuales fue alcalde de la ciudad condal. Entre las cosas que exhiben está ese poema traducido por don Miguel de Unamuno, en una versión inferior a la que hizo el poeta de Palmira, que había heredado la música de Rubén. Diga si no el lector que tengo razón.

En los troncos topando de cabeza,
hacia el agua avanzando vagorosa,
del todo sola va la vaca. Es ciega.
De una pedrada harto certera un ojo
le ha deshecho el boyero, y en el otro
se le ha puesto una tela. La vaca es ciega.

El gusto por esa poesía pastoril no era solo inculcado por los maestros y las cartillas, sino porque había vivido la niñez en el campo, entre inmensas arboledas y praderas de pastoreo de ganado, tanto en casa de mi abuela materna como en las haciendas de mi abuelo paterno. El amor por las vacas y los caballos lo adquirí entre las noventa Holstein que tenía mi abuela, ayudando a limpiar las tetas antes del ordeño, a parir en muchas ocasiones tirando la sogá para que el ternerito saliera con las patas para adelante, cortando la

placenta, durmiendo con ellas entre sus hocicos, recibiendo el aliento de su respiración y dejándome lamer de esas lenguas rugosas untadas de mocos que sacaban de sus narices antes de pasarlas por mi cara. Y los caballos, pues de niños tuvimos dos, uno que tiraba de la carreta donde movían la alfalfa y algunos granos y una yegua de montar, tan mansos que podía cabalgarlos a pelo, sin que nada sucediera. Luego, ya entrado bien en años, traté de reproducir ese paraíso pero me fue como a los perros en misa de cinco. Así es la vida.

A finales de tercero de bachillerato, cuando ya había descubierto a Borges en la biblioteca Luis Ángel Arango y bebía cervezas con un filipichín del barrio Restrepo, presumido de vestir de sastre, con ternos que imitaban las vitrinas de El Romano de la 24 y su padre pagaba para que luciera como Oscar Golden o un estudiante del Gimnasio Moderno, el maestro de literatura, un viejecillo cuyo nombre no recuerdo, nos hizo leer, completa, de cabo a rabo, *María*, de Isaacs, justo en el momento en que los nadaístas la quemaban y denigraban de ella. Fuimos a comprar un ejemplar a las librerías de viejo cerca de la Casa de Nariño, y de regreso, me parece estar viéndolo, mi amigo me señaló a Mario Rivero haciendo cola, a eso de las once, en uno de los bajos del edificio Murillo Toro donde está todavía el Ministerio de Comunicaciones, en la sucursal del Banco Popular, que era entonces Caja Agraria, cargando en la mano una alcancía de metal, que tenía un orificio lateral para ingresar billetes. Mario nunca perdió esa costumbre; se creía tan pobre, que apenas debía gastar cinco pesos diarios, como contó su *bellboy*, el infatigable camarlengo Federico Díaz Granados, que salió debajo de una mesa de cantina a servir a Rivero hasta que ascendió al trono de la poesía de la mano de una agiotista y un desahuciado apodado El Oveja. A Díaz Granados lo enviaba desde las nueve a sacar cinco mil pesos de los años noventa, tanta veces, que incluso decía que había llegado a la mayoría de edad parado en la puerta del banco, mientras Mario descendía a pie, desde su inmensa casa de La Candelaria, repleta de pinturas y dibujos que había expoliado a los artistas que ponía en la revista del grupo Dinero o había entrevistado en Monitor, un programa de radio dominical de Caracol, mientras su chofer negro, que hablaba



Café Automático. Archivo fotográfico de Sady González, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1950



inglés, le seguía a distancia en un Mercedes Benz sedan color verde mar australiano de los años setenta, que no usaba para no gastarlo. Díaz Granados también contó en aquellos años que Rivero no escribía las críticas de arte sino que lo hacía su mujer, una anciana hermana de Antonio Panesso Robledo, más culta que todo el mundo, pero avergonzada de su vejez y postergada por su hermano famoso, porque, decía, nadie iba a creer que ella era capaz de decir tanta impostura sobre una recua de pintores de quinta que publicó esa revista. Algo de cierto debió haber en ello, porque Rivero de lo único que hablaba con rigor era de las fluctuaciones del dólar y de chismes de farándula, con una señora caleña, de pelo de ceniza, que fue su amante platónica por años.

La edición que compramos por tres pesos, un dineral entonces, si pensamos que para todo el mes yo recibía trescientos cincuenta pesos, era hecha en París, tenía tapa dura con relieve y en la portada, sobre un fondo azul, una chica con su sombrilla abierta sentada sobre una roca cetrina. Esta edición la perdí después de atesorarla por años, cuando, estando enfermo, postrado en la Clínica Shaio, un chiquilicuatro que decía ser librero, pésimo poeta, nieto de una famosa lírica medio comunista y libertina, amancebada con un caucano abogado de narcos y rector de la Universidad Nacional, que hizo la pubertad sentado en el buró esperando que tocaran la puerta, fue hasta casa de mi madre y sisó de la biblioteca unos setecientos ejemplares, dedicados y primeras ediciones. Luego encontré algunos de ellos en

una librería de lance de la Calle del Doctor Rizal en Barcelona, donde estaban vendiendo *Historia de un deicidio* dedicada por Mario Vargas, por la módica suma de 125 euros. A mi mamá el bandido le había dado diez pesos por cada libro, con la promesa, solemne, de que volvería por el resto, que eran seis mil.

Lejos de casa, a dos mil seiscientos metros de altitud, con una lluvia inagotable y el frío calando los huesos, mientras leía *María* repasaba los paisajes de mi niñez, y sin que hubiese conocido sentimiento amoroso alguno, la historia me enganchaba hasta las mismas lágrimas. Efraín regresa a la hacienda de sus padres al terminar sus estudios en Bogotá y conoce a María, de quien se enamora sin saber que está enferma y ha de morir. Un aleteo de poesía invade el texto. En un admirable y lento discurrir, Isaacs presenta el mundo idílico de las relaciones entre los enamorados, hecho de silencios, equívocos, medias voces, secretos, palabras no pronunciadas, adivinaciones, juegos de manos y miradas. Idilio romántico y realismo concurren, pero lo que más impactó en mí fueron las descripciones de la campiña que yo bien conocía y que en *María* termina por ser un trasunto de los padecimientos de los personajes. La descripción de la naturaleza, hecha alma de acuerdo a los sentimientos, impresiona por su autenticidad, ofreciendo una sobria novela tropical con su ilimitada botánica, los pueblos blancos colgando de azules montañas, el viento, las ceibas de las llanuras, las vegas con sus torrentes espumosos, los sauces, la soledad de la luna y la llanura, la luciérnaga, los

yarumos, los juegos del sol en el recinto de las arboledas, los gualandayes violetas y amarillos, las colinas verdes de loros y palmeras, el naranjo, la populosa vegetación donde los cazadores acosan un venadillo, la ondulación en el aire de garzas plateadas y las águilas negras, el tigre, el canto de los pájaros, el estanque con rosas, la culebra que cuelga de las ramas y el eterno paso de la luz a través de una habitación oscura: la vida.

Nunca he olvidado el momento cuando Efraín va en busca de un médico para María. El desarrollo de la enfermedad de la niña coincide con el comportamiento de la naturaleza cuando él deja su habitación para montar el caballo que habrá de llevarle hasta el galeno. El cierzo mueve los sauces, de los naranjos vuelan las aves asustadas, los relámpagos iluminan la honda noche todavía, la lluvia alcanza a humedecer las sienas, el ave negra roza la frente y Efraín la sigue con la mirada hasta que se oculta en el bosque. Y al llegar al Amaime, que encuentra crecido, ese fragmento memorable del cruce del río sobre el caballo:

Puse las espuelas en los ijares del caballo, que con las orejas tendidas hacia el fondo del río y resoplando sordamente, parecía calcular la impetuosidad de las aguas que se azotaban a sus pies: sumergió en ellas las manos, y como sobrecogido por un terror invencible, retrocedió veloz girando sobre las patas. Le acaricié el cuello y las crines humedecidas y lo agujeeé de nuevo para que se lanzase al río; entonces levantó las manos impacientado, pidiendo al mismo tiempo toda la rienda, que le abandoné, temeroso de haber errado el botadero de las crecientes. Él subió por la ribera unas veinte varas, tomando la ladera de un peñasco; acercó la nariz a las espumas, y levantándola en seguida, se precipitó en la corriente. El agua lo cubrió casi todo, llegándome hasta las rodillas. Las olas se encreparon poco después alrededor de mi cintura. Con una mano le palmeaba el cuello al animal, única parte visible ya de su cuerpo, mientras con la otra trataba de hacerle describir más curva hacia arriba la línea de corte, porque de otro modo, perdida la parte baja de la ladera, era inaccesible por su altura y la fuerza de las aguas, que columpiaban guadales desgajados. Había

pasado el peligro. Me apeé para examinar las cinchas, de las cuales se había reventado una. El noble bruto se sacudió, y un instante después continué la marcha.

Es la prosodia de Isaacs y su lirismo lo que aún conturba. Solo la ignorancia y el odio a sí mismos hicieron que un grupo de antioqueños, acolitados por algunos hijos de lumpen proletarios, un día despreciable quemaran el libro en una calle de Cali. *María* fue la novela colombiana más leída en el continente hasta la aparición de los sicotrópicos como sustituto de la belleza y los sentimientos amorosos no comercializados por la carne cruda, y fue traducida a treinta y un idiomas, cuatro o cinco menos que *Cien años de soledad*, en un momento de la historia en el que no existían tantas facilidades para hacerlo. Y se dejará leer, pienso, mucho más en el futuro, cuando el idilio de amar haya desaparecido para siempre y sea un asunto de arqueología en la vida de los hombres y las mujeres. Y hasta me aventuraría a decir que lo será más que *Cien años*, que con el tiempo se ha ido convirtiendo en una lectura para escolares, con un lirismo superado por García Márquez mismo en *El general en su laberinto*, su obra maestra.

Ananías Hincapié era un negro altísimo, descendiente de esclavos y una mestiza antioqueña, que por huir de la pobreza se había colado un día, luego de leer *Risaralda*, la novela de Arias Trujillo, en el tren a Buenaventura, donde convenció a un misionero de la iglesia anglicana que regresaba a Liverpool de que lo llevara con él, porque si no se arrojaría al mar. Al menos eso era lo que contaba. Y terminó en Londres hablando inglés y estudiando medio bachillerato mientras fungía de orfebre junto a sus paisanos ansermitas y leía libros de historia, que era lo único que le gustaba. Daba solamente clases en cursos avanzados, en cuarto y quinto, sobre la historia universal, la primera y la segunda guerras mundiales, y hablaba de Churchill con tal propiedad que parecía que lo hubiese conocido, o repetía una frase que no olvido: “esta es una república sin republicanos”. En fin. Uno de sus libros bajo el brazo era el de Henao y Arrubla, que usaba para contradecirlos en las clases de tercero. De esos sermones contra el libro, que era texto obligado, me quedan algunas vagas imágenes de cuando

●

María fue la novela colombiana más leída en el continente hasta la aparición de los sicotrópicos como sustituto de la belleza y los sentimientos amorosos no comercializados por la carne cruda, y fue traducida a treinta y un idiomas, cuatro o cinco menos que *Cien años de soledad*, en un momento de la historia en el que no existían tantas facilidades para hacerlo.

●

describen a Bolívar como un hombre de treinta y seis años, saludable y activo, que nunca se quejaba de cansancio durante las extenuantes marchas, en las que ayudaba a cargar las mulas y achicar las canoas, siempre al servicio de la lucha por la libertad de América.

Es una lástima que ahora se ignore la historia de Colombia; no digo que todo mundo tuviese que estudiarla, pero al menos una minoría en las escuelas públicas de élite, que las hay, se debería ofrecer por la libre oportunidad de conversar sobre esos temas y reflexionar y hacer lecturas avanzadas sobre ella. Igual que con la literatura y la lengua. Mientras no tengamos minorías que conozcan la lengua y sus estructuras y lean en las obras que el paso del tiempo ha consagrado como clásicas, estaremos perdidos.

Aquellos monólogos de Hincapié contra el libro oficial sirvieron para que pronto leyera otras interpretaciones de la vida y la obra de El Libertador, como la de Madariaga, quien sostiene que Bolívar entregó a Miranda a los españoles a cambio de un salvoconducto para dejar Venezuela y la garantía de que no le expropiarían los bienes. Luego he leído unos cuantos libros más, pero el tiempo ya ha demostrado que el de García Márquez superará a muchos.

José Martínez, mi amigo, hijo del zapatero del Ricaurte, que fumaba unos tabacos de la yerba maldita inolvidables, me contó que Rojas Pinilla se reunía los domingos con sus seguidores en el parquécito que está cerca del Centro Nacional de Artes Gráficas, donde fuimos a parar una mañana enguayabados. Habría unas dos mil personas y el general hablaba de cómo el gobierno y el ministro de Hacienda les habían rebajado a los ricos cien millones de pesos en impuestos con una reforma tributaria que apenas iba a recaudar

tres mil quinientos pesos para el presupuesto de una nación de quince millones de habitantes. Otro tema de los discursos era la Alianza para el Progreso. Decía la Nena Rojas que la plata se la iban a robar, porque aquí no habían hecho reforma alguna mediante la cual pudiera ser rentable ese Plan Marshall, que los gringos no invertían en la región porque desconfiaban de esas democracias, que de 218 millones las inversiones habían descendido a 95, y que de seguro todo iría a parar a las cuentas de los ricos en el exterior. Fuimos varias veces a oír a Rojas, no porque nos gustara, sino porque amanecíamos los fines de semana por esos lados, en las canchas de tejo, o en las tiendas, donde, hasta entrada la mañana, sobre los bultos de papa o arroz o harina de trigo, bebíamos *polas* o un whisky que hacía la gobernación de Cundinamarca, el Dick, un verdadero vermífugo digno de un suicida.

En esas reuniones conocimos a Antonio García y Eduardo Carranza, que aparecían alguno que otro domingo, y nosotros les oíamos conversar con la gente. García contó una vez, cuando acababa de regresar de Bolivia, donde trabajaba para Paz Estenssoro, que tanta era la admiración que le tenían los bolivianos a su presidente, que en Chuquisaca, donde El Libertador dictó algunos de los decretos sobre la conservación de la naturaleza, unos cinco mil naturales quechuas habían aplaudido a rabiar al presidente, que les hablaba en español y sin traducir una sola palabra; le entendían todo. Martínez admiraba a Carranza, declamaba *Teresa en cuya frente el cielo empieza* y tenía el disco con su voz que acababa de salir, el cual vendían en las reuniones rojistas junto al de Zalamea y las escalinatas. Así fue como me hice amigo del maestro, quien siempre fue amable conmigo, y nunca discutí su poesía, a pesar

de que, a medida que pasaba el tiempo, fue pareciéndome más bolero que poema. Un domingo, luego de los discursos, como a las dos de la tarde, Carranza, con capa española y boina vasca, nos llevó en taxi a la Luis Ángel, a un almuerzo con el director, el historiador Duarte French. Solo existía entonces el edificio de la esquina de la 11 con 4, mucho antes de que erigieran ese paquidermo digno de un mafioso que es un lunar o una verruga incrustada en el viejo barrio colonial, donde en el primer piso el doctor Jaime tenía un espléndido despacho, humildísimo si lo comparamos con el que luego tuvo Darío Jaramillo para saciar su soberbia, con un amplio comedor, servicio de camareros y una enorme mesa de caoba estilo imperio para doce comensales, con ornamentos de bronce cardenillo en figuras de águilas, abejas, grifos, quimeras, cisnes y centauros, que, decía el director, eran en honor al maestro Guillermo Valencia. Al almuerzo asistieron, recuerdo, aparte de nosotros y Carranza, un abogado nariñense, Vicente Pérez Silva, Eduardo Mendoza Varela y el poeta Fernando Arbeláez, quien tenía un puesto diplomático en Grecia y habló un buen rato de un raro poeta griego, al que estaba traduciendo del francés de traducciones hechas por otro griego, y repetía que las de él eran mejores que las de Belisario Betancur, quien también traducía a Kavafis. El ajiaco solo era comparable con el que he derrochado después, ya grande, en el Virrey del Hotel Tequendama, una delicia rociada con Carménère Santa Digna, pero lo mejor de todo era el *balneum* romano que tenía en la formidable *salle de bain*, una suerte de yacusi neroniano que luego imitaría Jorgito Valderrama Restrepo en Bucaramanga y que le costaría varios dolores de cabeza, porque al gordo más querido del mundo lo acusó la procuraduría de fornicar con las empleadas en tan colosal piscinita.

Que el rojismo era una fuerza política determinante en esos años lo demuestra la cantidad y calidad de los intelectuales que caían los domingos a esas tenidas con el exdictador, a quien saludaban y rendían pleitesías. Por allí aparecían periodistas como Álvaro Bejarano, Germán Pinzón, Jorge Child o Alfonso Hansen, que en no pocas ocasiones arrastraba uno que otro grupo a una casa cultural donde terminaban la tarde bebiendo vinos. Fue en esos tiempos cuando conocí



Jorge Zalamea



y traté a Cornelio Reyes, que era de Ginebra, a Diego Uribe Vargas, que después fue ministro de Turbay, a Héctor Charry Samper, e incluso a Belisario, que era ministro o había salido de un ministerio por un escándalo con unos muertos en una fábrica de cemento y que también iba a la Gran Colombia, donde al verlo entrar silbando le decían La Mirla; y desde entonces, y hasta el final de sus días, al maestro Zalamea, a quien logramos llevar a Cali convenciendo al doctor Ocampo Londoño de que Jorge era buenísima persona y no el brutal dipsómano que le habían dicho, para que fuera el primer y único director del taller de escritores que tuvo la Universidad del Valle.

Bogotá no tenía ni el millón y medio de habitantes, el café lo pagaban a 45 centavos de dólar al cambio de siete pesos, un sueldo promedio eran ocho mil pesos al mes y la vida cultural giraba en torno a cuatro o cinco lugares de todos conocidos, los periódicos y las revistas, las dos o tres universidades, los grupos de teatro, la televisora nacional, las salas de arte, los cafés y cafeterías, todo en el centro, porque más allá del Parque Nacional estaba Chapinero con sus casas quintas y, más allá de la 62, las haciendas ganaderas y el mundo rural. Y si la miseria era evidente en La Candelaria, Egipto, Las Cruces, aún estaban en pie las preciosas casas de los años de la independencia de Santa Bárbara, y ni la 7 ni la 10 albergaban esa legión de cantantes de bus, travestis de Santa Fe, locos a granel, gamines durmiendo entre manadas de perros tan pobres como los niños,



León de Greiff

y los eternos vagos bogotanos, cuyo modelo en los ochenta fue un provinciano vestido durante una década con una chaquetica pastusa de cuero de ovejo, quien mediante servilismos y múltiples y contradictorias fidelidades llegó a ser doctor en varias disciplinas, experto en las variables de paz de la historia, decano de al menos dos distintas facultades universitarias, y desde la mañana se paseaba entre la 18 y la Jiménez haciéndose embolar, o leyendo contra las paredes el periódico de ayer a la espera de una víctima que le pagara el almuerzo, siempre en El Trébol o El Califa, donde se sentía a gusto.

En torno a los periódicos estaban El Pasaje, San Moritz y La Romana. El Pasaje, con su inmensa greca de aluminio, quedaba detrás de *El Tiempo* y del lado derecho de La Romana. Dicen que antes del 9 de abril había un centenar de cafés en el centro. Los frecuentaban abogados, comisionistas, apostadores de carreras de caballos, mercaderes de joyas y periodistas del montón, en torno a los cuales giraban poetas y escritores. Todavía vestían sombrero, traje de corte inglés, sobretodo y preferían el corbatín a la corbata. Las mujeres y los niños no ingresaban, y el sobretodo, en los jóvenes, era sustituido por la gabardina a media pierna. La Romana era el paradigma del medio pelo: pasta sin vino, café, palitroques, señoras esperando a sus caballeros de industria y una que otra señorita que había prometido algo más que sonreír. Y los Monte Blanco, donde podías quedarte media tarde con un café.

Antes de las mejoras de Salmona, que hicieron desaparecer la Jiménez y la Luis Ángel, frente a esos cafés donde pasaron media vida periodistas de *El Tiempo* y *El Espectador*, estuvo El Automático, al lado de El Titanic, un bar de copas que recordaba el trasatlántico hundido en el mar del Norte. Allí caían bien temprano León de Greiff y Juan Lozano y Lozano, pedían la primera media de aguardiente, y el maestro comenzaba a responder a rugido limpio las consultas sobre partidas de ajedrez, cosa que era un desfile de locos y beodos cuando cerca jugaba Cuéllar Gacharná o el propio hijo del poeta. Después de mediodía, cuando el maestro descendía al Portal del Marinillo por una sopa de frejoles, iban circulando Omar Rayo, Marco Ospina y Marco Montaña, pintores antitravistas, seguidores de las virulentas crónicas de Gómez Jaramillo contra la divina percanta que entonces decidía quién era pintor en Colombia. Y entrando la noche, las nuevas parejas, como la que habían consolidado la pintora Josefina Torres y Germán Espinosa, que la lengua de Milcíades Arévalo señalaba como el único que no se había favorecido con ella antes de casarla.

Juan Lozano y Lozano fue uno de los mejores amigos de León. Hoy no se ignora su obra, que no es poca. Hizo muchas buenas entrevistas a políticos y llevaba casi a diario un *Jardín de Cándido* en *El Tiempo*. Era de Ibagué y parece que fue, como el viejo cascarrabias, radical hasta la hora de morir. Cuando le conocí estaba bien

sordo y, sin embargo, entendía todo sin musitar palabra. Había estado en Leticia luchando contra Sánchez Cerro y escribía desde niño. Era celebrado por un poema a una catedral alemana, pero yo le oí una mañana, apenas con el segundo aguardiente en la boca, otro soneto donde más que celebrar una mole de piedra, refiere el dolor de la separación de los amantes en la metáfora de la estela de un buque que parte sin regreso:

¡Oh indecible dolor, cuando el severo
barco se apresta a abandonar la rada,
y un beso damos en la frente amada,
y no sabemos si será el postrero.
Pensar que por el húmedo sendero
que se abre, nos persigue una mirada,
y sin embargo a nuestros ojos nada
se ofrece, sino el mar, cielo, y acero.
Y la amenaza de olvidar, y un loco
temor, y la canción que nos advierte
que partir es morir, morir un poco.
¡Ah! ¡Si fuera morir! En la partida
se agrega al desgarrarse de la muerte
otro dolor, el de quedar con vida.

Otro grupo, y no pequeño, era la revista *La Nueva Prensa*, donde sobrevivían intelectuales que habían estado en *Mito* y luego permanecerían al lado de Alfonso López Michelsen y Álvaro Gómez. Solían reunirse en la Jiménez con Quinta, al lado de *El Espectador* y el Continental o en la sede cultural, que controlaba el gordo Hanssen en la 5 con 11, donde los únicos poetas eran el maestro Zalamea y Arbeláez, que departían con Ramiro de la Espriella, Antonio Cruz Cárdenas, Mario Latorre Rueda, Ricardo Samper (que ya vivía con la hija de Alberto Lleras), Marco Tulio Rodríguez, Luis Villar Borda o Jorge Child, quien me presentó a García Márquez y a su cuñado Eduardo. De allí salían para el Grill Europa con un francés pianista de jazz, o para El Cisne, donde, enfundado en sus jersey de cachemir cuello de tortuga, solo o acompañado del Tigre Colombiano, aparecía Fernando Martínez Sanabria, El Chulí, acompañando a Marta Traba y a Rogelio Salmona, que los fines de semana invitaba a su inmenso apartamento de La Macarena, donde *de habitude* Hernando Santos Castillo pedía reproducir, a los actores de la noche, escenas de los filmes de moda.

La otra estrella era Santiago García, que acababa de regresar de Checoslovaquia y preparaba el montaje de Galileo Galilei, siempre rodeado de una nube de bichos del espectáculo, con la moscona reina en el centro, Patricia Ariza, disfrazando, como Fanny Buitrago, sus fealdades de cara y cuerpo con trajes tubulares y medias negras a lo Juliette Gréco, y a quienes enseñaba lo mismo a hacer pasta que a desarmar un fusil, porque todos, o casi todos, eran fanáticos de la lucha armada y la combinación de todas las formas de lucha. La Buitrago era tan horrenda como insaciable, y cargaba en su mochila guajira una botella con la que atrapaba jovencitos guapos y dotados en el juego de la prenda perdida. Y a los que se negaban en la noche, en la tarde siguiente les gritaba desde el umbral de la puerta de El Cisne: “eunuco, hermafrodita, loca impotente”. Otros podían ser Mauro Torres, heraldo de los sitios donde había rumba los viernes, siempre escoltado por un inmenso negro pintor de Riohacha, líder de los Amauta, que destruyeron media docena de cuadros de Botero y Obregón a comienzos del 64, o José Pubén, que traficaba con noticias puerta a puerta sobre los avances de la lucha armada, o Miguelito Torres, escoltado por Peggy Drumgold, la baterista, o Luis Caballero convertido en caballero español de capa y espada. Bogotá, decían, era una fiesta. Y lo era. ■

Harold Alvarado Tenorio (Colombia)

(Guadalajara de la Victoria de Buga, 1945). A comienzos de los años noventa trabajó para la Editorial China Hoy de Beijing. Dirige la revista de poesía *Arquitrave*, en honor y memoria de Jaime Gil de Biedma. Autor de variados libros de poesía, ensayo, crónicas, entrevistas y diatribas, ha recibido, además de varios reconocimientos como Docente Excepcional de la Universidad Nacional de Colombia, los premios Nacional de Periodismo Simón Bolívar y el Internacional de Poesía Arcipreste de Hita. Ha sido traducido al alemán, árabe, chino, francés, griego, inglés, italiano, portugués y rumano y ha sido incluido en repertorios como *Antología crítica de la poesía colombiana*, de Andrés Holguín, (Bogotá, 1974) y *100 autores colombianos del siglo XX*, de J.G. Cobo Borda, R.H. Moreno Durán, S. Gamboa y D. Saldívar, (Madrid, 2006). Alvarado Tenorio ha residido en Madrid, Estocolmo, Nueva York, Beijing, Bogotá, Cartagena de Indias y Manizales, donde vive.